

UN MES.

Madrid. . . . . 4  
Provincia. . . . . 5

# EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. . . . . 40  
Provincia. . . . . 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

## SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

## EL BUEN DON JUAN.

I.

Don Juan es uno de esos buenos empleados de una direccion que van puntuales todas las mañanas á su oficina para no volver hasta las cuatro de la tarde, y que son muy felices cuando un aumento de trabajo les obliga á llevarse los expedientes á su casa para pasar parte de la noche.

Don Juan tenia treinta y ocho años; no era ya un jóven, pero todavia era hombre jóven. Su estatura era mediana, su rostro fresco, colorado y molettado le daba un aire de bienaventuranza evangélica, completado por una boca grande, y ojos de mirar frío é incierto. Sus cabellos rubios y escasos encuadraban aquel rostro de hombre de bien. Anádase á todo esto un grueso abdomen y un aire de los mas vulgares, y tendremos de nuestro héroe el retrato mas exacto al daguerreotipo.

Honradez, excelente razon, inteligencia vulgar; carácter. Don Juan sabia hacerse amar y apreciar.

Hombre arreglado, probo, metódico, ofrecia el tipo de aquellas gentes que hacen su carrera sin saber por qué, que llegan á los destinos sin que se sepa cómo, y que saliendo de muy bajo suben con el tiempo muy alto. Gentes cuyo único talento es tener una paciencia á toda prueba, y cuyo solo mérito es tener una medianía fácil de utilizar.

Hijo de un empleado que durante treinta años habia florecido delante del pupitre de paño verde de la Direccion de rentas estancadas, don Juan Fernandez habia entrado en la misma direccion despues de la revolucion de 1840. Su aptitud y su sumision habian sido sus únicos protectores.

Declaremos desde luego que lo habian protegido bien.

Despues de haber permanecido seis años de meritorio, el buen don Juan habia sido nombrado supernumerario con dos mil reales, y este rápido ascenso habiese desatado contra él todos

los rayos de la envidia si Fernandez no fuese tan bueno, tan manso, tan servicial: era en suma, tan poco peligroso, que apenas se habian ocupado de su nombramiento.

Sus virtudes domésticas le habian hecho dar el nombre de *bueno*, como á Carlos III; y haremos notar aqui de paso, que entre todos los reyes de España, á solo un monarca se ha concedido esta denominacion.

Nunca se hablaba del supernumerario sin decir: el buen Fernandez. Hacía ocho años que Fernandez ejercia las dificiles á importantes funciones á que la confianza de sus gefes le habia llamado, cuando se le nombró oficial de mesa por un decreto especial.

Aquella vez hubo algunas murmuraciones. Despues de catorce años de servicio, es decir, de esclavitud en una especie de prision, era pasar un poco aceleradamente el supremo puesto.

Empero bien pronto se aplicaron estos rumores.

El bueno de don Juan Fernandez merecia llegar á aquel empleo.

Fernandez decididamente era hombre de porvenir.

Algun tiempo despues de haber obtenido aquella nueva dignidad se casó.

Cuando uno se halla investido de tan importantes funciones, y tiene algunas economías, y va á llegar á los cuarenta y cinco años no puede vivir solo. Todo hombre grande quiere perpetuar su raza, y fundar su dinastia.

Fernandez se casó con la hija de un comerciante de Valladolid: una provinciana completa: una muger marisabidilla. La jóven tenia veinte y cinco años, y como todas las jóvenes educadas en un colegio de provincia, habia soñado antes de su matrimonio una de esas uniones tan dificiles de contraer. Desvaneciéronse sus ilusiones ante la realidad, pero cedió á la razon, á las conveniencias, al orgullo, y sobre todo al deseo de venir á vivir á Madrid, esta villa de las artes y de las letras.

El oficial de mesa vivió como en lo pasado, y su deber no se resintió de su felicidad en estos mismos términos sus gefes entusiasmados se espresaban al hablar de él.

En cuanto á los dos esposos podia decirse que no se llevaban muy bien en el matrimonio. La señorita Adelaida Suarez, muger de Fernandez, tenia un alma ardiente, una imaginacion de fuego, y no podia ser feliz con un hombre que decia como Luis IV.

—Mi mesa soy yo.

En la época que pasaba lo que estamos contando, Fernandez, habia engordado el doble, la alegría iluminaba su insignificante semblante; adoraba á su muger, y pasaba por un marido modelo.

A la verdad, el buen hombre trabajaba para su epitafio: únicamente no tenia hijos.

La señora Adelaida perdíase en sentimentales sueños que su marido no sospechaba cuando ocurrió una circunstancia que pudo ser fatal á los dos.

Fernandez, á quien la monomanía de compulsar los papeles perseguía tanto como á su muger el deseo de hacer una vida agitada, trajo á su casa un jóven débilmente pálido, que debia ayudarle con sus trabajos por la tarde y por la noche.

Aquel jóven se llamaba don Federico Sanchez. . . ¡Federico! nombre poético tanto como el de Eduardo, Alfredo, Emilio.

Era un buen mozo de treinta años. Sus negros cabellos caían en bucles sobre su blanca y descubierta frente. Sus ojos eran negros y expresivos. Un elegante bigote ocultaba apenas su viva y graciosa boca. Sus gestos eran elegantes; su talla alta y bien cortada. Un observador hubiera podido notar cierto embarazo en los modales de aquel jóven. Las dos horas de tiempo que dedicaba al oficial de mesa parecían ser para él un



Al dia siguiente de su nombramiento dijeron de él muchas alabanzas, y la cosa quedó así.

El oficial de mesa no cambió en nada su género de vida. Iba siempre el primero en su oficina, se marchaba el último; y supo asombrar á sus gefes por la facilidad con que modificaba sus notas y sus ideas á una insinuacion de sus superiores. Así los informes mas favorables llegaron á la subsecretaria de Hacienda.

verdadero sacrificio. Únicamente comprendía tan pronto, clasificaba tan ligero los diversos papeles que Fernandez entregaba á la habitual ligereza de su escribiente que le habia cobrado grande afición.

Adelaida no hizo reparo en el escribiente, en el secretario: este título le daba á Federico el oficial de mesa.

— ¡Es un empleado! pensó aquella.

Y como sabia por experiencia cual es en general el valor intelectual de esta clase numerosa de la sociedad, pronto formó su juicio...

Sin embargo, al cabo de algunos dias la jóven se puso á mirar al jóven, y le llamaron la atención las gracias de éste. Habia en aquella mirada una poesia que Adelaida estaba lejos de sospechar. Sus altivas facciones tenían una expresión contenida de pasión y de energía.

La señora Fernandez se sintió perturbada por aquella dulce mirada que la magnetizaba.

¿Era aquel el ser ideal de sus juveniles años?

Federico era pálido: era hermoso: sus ojos lanzaban á veces ardientes rayos: suspiros se escapaban de su pecho. El pobre jóven debía ser muy desgraciado...

¿Cómo cuando se tiene un grano de poesia en el corazón, cuando se escriben versos para el diario de la capital de su provincia, cuando se tiene un marido empleado, no formar una novela y crearse la heroína de una historia misteriosa y moral todo á la vez?

Como todas las mujeres, Adelaida era fuerte en su debilidad, y débil en su fuerza...

Naturalmente honrada y esclava de su juramento creyó comprender que iba á amar, y no quiso ver mas á Federico: el remedio era peor que la enfermedad.

La imagen del jóven entró desde luego en su pensamiento; lo revisó de las mas graciosas formas, y no salió de ella jamás.

¡Cuántos maridos engañados en la imaginación! Estos son los felices.

Muy á pesar de ella, la señora de Fernandez comparaba su marido tan gordo, tan robusto, tan encarnado, tan tranquilo, con aquel dependiente, con aquel subalterno, con aquel esclavo tan triste, tan pensativo, tan desgraciado, que parecia decir *¡tengo penas de amor!*

Penas para las que las mujeres tienen siempre compasión, y la compasión no resultaba en ventaja del esposo.

Federico se reía apenas; Fernandez se reía á carcajadas: Federico debía leer á Cadalso, á Espronceda, á Zorrilla, á Rubi, á Campoamor; Fernandez se entretenía en acertar los logogrifos y charadas del *Semanario Pintoresco* y de la *Ilustración*.

¡Qué contraste!

Al oficial de mesa le gustaba pescar con caña. Jamás daba una palabra sin cumplirla.

Todas las promesas que le hacian, las apuntaba y las recordaba al cabo de los años de memoria, como decía diestramente.

Tenia horror á las cosas fantásticas y de imaginación.

Ventura de la Vega, Espronceda, Rubi, eran á sus ojos gentes fútiles, inútiles, talentos ligeros.

En clase de poetas no admitía mas que á Meléndez, Garcilaso de la Vega, Rioja.

Todavía hay hoy muchas gentes formales de este calibre.

Federico debía, pues, parecer superior á don Juan, y lo era en efecto: era jóven, buen mozo, pobre, sombrío, atacado sin duda por penas en el corazón, y trabajaba para proveer á su subsistencia.

¿Qué mas podia pedir Adelaida?

Si Federico hubiese sido huérfano, ó bien bastardo, la señora de Fernandez se hubiera inmediatamente vuelto loca, y una mujer loca de amor es capaz de todo, hasta de un crimen.

El bueno de Fernandez habia introducido un lobo en su redil.

## II.

Hacia tres semanas que Federico venia á ayudar al señor de Fernandez, y su humor sombrío parecia aminorarse cada vez mas y mas. Muchas veces un movimiento indicaba su mal humor, se le habia escapado al hacerle el oficial de mesa algunas observaciones sobre un trabajo descuidado, y habia estado á punto de perder su plaza.

La señora Adelaida que asistía á estas discusiones habia intercedido por el pobre jóven, y el buen Fernandez habia perdonado.

¿Qué profundo dolor agriaba así el carácter de Federico?

Esto era un misterio para todos.

Un dia que Fernandez habia salido á sus negocios, se rompió el velo del misterio.

Federico se hallaba solo en el despacho del oficial de mesa ocupado en fumar un excelente cigarro habano. Confortablemente sentado en una butaca, con los dos pies sobre la mesa, sin respetar los importantes papeles que le habian sido confiados, reflexionaba, y lanzaba por momentos enormes bocanadas de humo, que iban á estrellarse contra los pliegues de las blancas cortinas que ahumaban.

Si Fernandez hubiese entrado en aquel momento no hubiese podido creer á sus ojos.

Fumar era para él la acción de un loco, de un perezoso, ó de un marino, pero no admitía que fuese la acción de un hombre prudente y arreglado.

Federico aquella noche parecia cuidarse muy poco de la opinión de su principal. Su rostro siempre sereno, se hallaba iluminado por una fina sonrisa. Retorcíase su delicado bigote negro, y parecia muy preocupado.

De pronto el jóven se levanta, y arroja su cigarro casi sin fumar la mitad: despues llamando á la criada le dijo algunas palabras, y cuando se marchó abrió la ventana para respirar un poco de fresco, y dejar salir el humo.

Adelaida se hallaba retirada en su tocador.

Pensaba en Federico cuando entró su doncella.

—Don Federico desearia hablar á la señora, dijo la criada: siente muchísimo incomodarla; pero tiene necesidad de un legajo que se encuentra en el cuarto del señor...

Adelaida hizo un gesto de impaciencia é interrumpió á Gertrudis, así se llamaba la criada.

—¿Qué tengo yo que ver con los negocios? dijo, que aguarde don Federico.

La criada no se atrevió á insistir, y se marchó.

Habiéndose quedado sola la señora de Fernandez, reflexionó que si no se hacia el trabajo su marido despediría á aquel jóven, que no era feliz; que venia tal vez cada noche para ganar el pan del dia siguiente.

¿Cómo puede detenerse la imaginación de una mujer que la tiene?

Todas estas reflexiones impresionaron vivamente á Adelaida. Se levantó para buscar el legajo, cuando Federico se presentó á la puerta de su tocador.

Su actitud era respetuosa; parecia admirarla.

—¡Vd. aquí, caballero, exclamó la jóven asustada... en mi tocador!

—Perdone vd., señora, si me he tomado la libertad de venir, murmuró Federico...

—Está vd. perdonado, caballero, respondió Adelaida un poco respuesta y cobrando valor...

Yo no me ocupo de los trabajos de la administración, vd. lo sabe; sin embargo, voy á buscar ese legajo, y dárselo á vd.

Federico hizo un gesto de gracia.

—Vd. tiene valor para trabajar así: es preciso estar dotado de una gran fuerza de carácter para sacrificar su inteligencia y someterla á semejantes pruebas, añadió la señora.

—Soy un pobre, respondió Federico, con voz vibrante.

—Pobre, respondió la pobre mujer con un suspiro.

Don Federico se estremeció.

Hubo un momento de silencio.

La señora de Fernandez lo rompió (embandando).

—Oh, comprenda bien, dijo: solo, sin posición, sin fortuna, vd. vive de este corto empleo; es noble, es leal, es hermoso esto.

Todas las gentes que no tienen fortuna están obligadas á vivir de su trabajo, sopena de morir de hambre, y no hay nada en esta conducta forzada que no sea noble, leal y hermoso. Pero la imaginación de la señora Adelaida daba á todo cuanto veía extraordinarias proporciones.

—Señora, respondió Federico, bendita sea vd. por las palabras de consuelo que tiene la bondad de dirigirme! Déjeme vd. que le diga aquellos versos de un poeta muerto ¡ay! en el hospital:

Do mi triste poterair  
Vos sola sots acreedora.

—Solo los ángeles se presentan á los afligidos para protegerlos: las mujeres los compadecen y los olvidan. Ah, si desde lo alto de los cielos mi pobre madre viese, sabria que vd., señora, es la que me ha dicho la primera palabra de consuelo... Federico tenia lágrimas en los ojos.

La señora de Fernandez se hallaba enteramente confusa.

El jóven se apercibió de esta turbación, y repuso inmediatamente:

—Háblame así, señora, vd. bella, jóven, feliz, es hacer entrar en mi corazón ulcerado la esperanza; es constituirse en protectora del pobre abandonado, ¡Ah, vd. ignora todos los padecimientos que se sienten cuando uno está aislado!

Vd. ignora todos los tormentos que se experimentan cuando se entra en casa, y nadie sale á recibirle: cuando se vive como egoísta sin poder decir: «las miserias y fatigas que sufro es por ella.»

El aislamiento, señora, es la muerte lenta, y se goza con nuestra agonía. ¡Cuántos tesoros perdidos, que ninguna mujer conocerá, en el fondo del alma de una pobre victima de la suerte y del destino!

¡Cuán tristes son las horas en que solo, con su pensamiento quebrantado, piensa uno en todas las alegrías que le han sido arrebatadas, en todos los instantes de felicidad que hubiera podido tener si su cuna no hubiera estado colocada cerca de un sepulchro!...

La señora Adelaida escuchaba con gran atención aquella declaración romántica.

Levantábase su seno, y demostraba una emoción interior.

Federico continuó:

—Es muy amarga la vida, señora, si se ve uno obligado á pasarla sola sin una mano que estreche su mano, sin un corazón que responda á los latidos del suyo.

La jóven suspiró.

—¡Oh! ¿Por qué Dios que parece en estos casos habernos abandonado deja á nuestros ojos admirar bellezas admirables? ¿Por qué deja mil encantos estraviar nuestra razón? ¿Por qué nos permite amar, á nosotros, que nadie nos ama?

Hubo en la entonación con que fué pronunciada esta frase pesar, despiques, dolor, pasión.

La señora Fernandez se sentía turbada: la voz de Federico tenia acentos simpáticos, casi desconocidos. No hablaba, y aun estaba soñando: era como una música cantada á su oído de melodiosos cantos: como el concierto que hacen los ángeles al rozar con sus alas las seráficas harpas.

Federico habia dado algunos pasos adelante: contemplaba la esposa de su principal con ojos extraños.

Adelaida se sentía dominada bajo aquellas miradas, y no se atrevía á levantar sus ojos. El ruido de la campanilla los sacó de aquel mudo éxtasis: era el bueno de don Juan que volvía á su casa.

Federico cogió la mano de Adelaida, y sin que tratase ella de defenderse la plantó un beso, y echó á correr.

—Días mio, dijo la jóven compadeciéndose, pobre jóven, no tiene nadie que le ame.

Decididamente la señora de Fernandez no queria ser franca consigo misma.

(Se continuará.)

## DOS PARTIDAS A LOS DADOS.

CRONICA DEL SIGLO XIII.

(1377)

I.

Matilde, la jóven y hermosa castellana de un antiguo castillo situado sobre los confines de Castilla sobre la frontera de Aragón, iba ya á despojarse de los atavíos que la habían engalanado durante el dia, para abandonarse á las dulzuras del sueño, cuando entró de repente en su aposento una de sus doncellas.

—Noble señora, dijo María, ¿no habeis oído el grito del centinela? ¿no ois como lo repite?

Matilde inclinó mas la cabeza para oír mejor el ruido.

—Si, María, sí, es el grito del centinela; pero

el grito del bulo se oye también a lo lejos, grito de funesta presagio, y al decir esto se aproximó a la ventana ogival de la torre, y levantó con su blanca y delicada mano el pesado tapiz que ocultaba los pálidos rayos de la luna. Abrió María la ventana, y las dos mujeres echaban sus vagas miradas sobre los desiertos campos y el solitario camino.

—¿Ves, dijo Matilde, cuán agitado zumba el viento, cuán sombría está la noche, y negras nubes oscurecen la luna? y levantando la cabeza añadió no sin terror; una tempestad se prepara en el cielo... ¿Enrique está ausente?

—Igual noche hizo, dijo María, la víspera del día en que nuestro esposo, mi señor, marchó con sus gentes de guerra a combatir contra los infieles.

—Y no volvió nunca! dijo Matilde lanzando un triste suspiro.

Los fuertes golpes dados en la puerta del cuarto hicieron estremecer a las dos mujeres. María ocultó el rostro en sus manos. Matilde se dirigió a la puerta con su acostumbrada dignidad, la abrió y se encontró cara a cara con el viejo escudero de su marido, Hernando, que no había podido encontrar la muerte lidiando donde la halló su desventurado amo. Inclino el anciano su cabeza encanecida, delante de su señora, y le dijo con tono doloroso:

—Os traigo, noble castellana, una fatal noticia.

—Hablad, dijo Matilde.

Miró el anciano con respetuosa compasión.

—Mi corazón es firme, Hernando; ¡cúscalo esta la primera vez que la desgracia visita el techo de mis padres?

—¡Ay! respondió Hernando con voz debilitada por el dolor. El señor Enrique ha sido hecho prisionero. Su page todo cubierto de sangre ha podido arrastrarse hasta las puertas del castillo.

—¿Dónde está? quiero preguntarle...

—Murió después de haber cumplido su misión.

—¡Pobre Ansuere! dijo Matilde enjugando una lágrima, ¡cuán corta ha sido su vida, Hernando! ¿hacéis que vean su cuerpo, y que el capellán del castillo recite por él las oraciones de los muertos.

—Yo voy a ocuparme de los medios de sacar a mi hijo Enrique de las manos de los bandidos.

—Piden, señora, demasiado oro y somos muy pobres.

—¿No podríamos tomarlo a préstamo de los señores mis parientes?

—Están poco menos que nosotros; y esos paganos, añadió Hernando dolorosamente, hablando de los ladrones; esos paganos amenazan matar a mi amo, si antes de ocho días no se les satisfacen el rescate que piden.

—¿Qué hacer? preguntó llena de espanto la desconsolada madre... escuchad, Hernando, tomad todas las joyas de mi madre, todas las mias también, y obtened de ellos que dejen la vida a mi pobre hijo hasta el día que yo pueda pagar el rescate que me piden.

Las continuas guerras que habían agitado a Castilla durante el reinado de don Pedro el Cruel, habían hecho que los señores que contra él se rebelaron, se valiesen de hombres de genio audaz, que vendían su vida a precio de oro, sin cuidarse de si don Pedro era el legítimo rey ó el bastardo Enrique de Trastámara. El drama se desarrolló en Montiel, en donde dos hermanos lucharon cuerpo a cuerpo, y el fratricida don Enrique triunfó, y fué rey de Castilla. Pacificada Castilla con su muerte, los hombres avezados al robo y a la matanza, no se sujetaron en muchas partes al yugo de Trastámara, sino que adoptando una vida errante cavaban a los pasajeros, y les exigían por su rescate crecidas sumas.

Una de estas bandas de facinerosos había hecho prisionero a Enrique, hijo de la condesa Matilde, doncel de grandes esperanzas, y que se hallaba aquel día cazando con sus gentes en uno de sus bosques: la caza era entonces la ocupación de los nobles, y un aprendizaje para la guerra, que era el estado normal de aquellos tiempos. En vano las gentes de Enrique y él mismo se habían defendido contra los bandidos; tuvieron que ceder, y el bel Ansuere, aunque herido, habéis visto que fué el único que llegó al castillo a intimar la resolución de los aventureros.

Todo el tiempo que el bel Hernando estuvo ausente, Matilde lo pasó en hacer cálculos y proyectos que no podían realizarse, ó en dirigir sus

ferrosas oraciones al cielo pidiendo la libertad de su hijo.

Hernando volvió al fin triste, agobiado, sin haber podido obtener nada. La tarde que volvió, la infeliz castellana anduvo errante por las alamedas del castillo, revolviendo mil ideas en su afligida mente. Su fiel Hernando la seguía respetuosamente a lo lejos.

—Esta noche es preciso marchar, dijo Matilde volviéndose respetuosamente a su escudero; que nada te detenga.

—Estoy dispuesto, respondió Hernando; pero necesitamos llevar mucho oro... y no lo tenemos. —El corazón de una madre es un tesoro; mis lágrimas ablandarán al jefe de los aventureros.

Aquella misma noche salió del castillo la condesa Matilde, acompañada del anciano Hernando, que en vano había procurado disuadirla de su arrojada empresa haciéndola ver los grandes riesgos a que se exponía una dama joven aya y hermosa y que iba a presentarse a una turba de aventureros de vida desenfadada y licenciosa. Matilde era madre, había perdido a su hijo único, y solo escuchó su corazón.

Largo y penoso fué el camino, porque la continua movilidad en que vivían los aventureros les hacían estar tan pronto en un punto como en otro. Al fin después de muchas investigaciones logró descubrir su paradero.

Llevaba consigo sus pocas alhajas, resto de su pasada opulencia. Pero no tenía más que palabras, sollozos y lágrimas que llevar al jefe de los aventureros. ¿Cómo podía satisfacer su brutal avaricia? Fatigada con tanta agitación, cesó de pensar en nada, y aun cesó de ver, porque sus ojos se habían oscurecido enteramente, cuando llegó a la habitación de los bandidos.

Grandes carcajadas y gritos vinieron a sacarla de su abatimiento; vióse rodeada de hombres de rostro tostado y facha insolente y dura. Estaba en medio de los aventureros. Cerca del sitio donde había hecho el encuentro de estos hombres, encuentro a la vez tan deseado por ella y tan fatal, se alzaba un gran castillo, cuyas ventanas aparecían iluminadas por las antorchas que alumbraban las habitaciones en el interior. El corazón de la madre le dijo que su Enrique estaba seguramente allí. Interrogada por aquellos hombres, les pidió, que la condujesen a la presencia de su jefe. Uno de ellos le respondió que el jefe había pasado la noche en beber, y que más necesidad tenía de dormir que de tiernas conversaciones con una dama. Condujéronla a la presencia del jefe. La vista de este hombre no era para tranquilizarla. Era viejo, pero toda su figura llevaba el sello de un carácter sordido, y de una inteligencia astuta y feroz. A su alrededor se encontraban sus más queridos guerreros. Estaban medio ebrios, soñolientos, como que acababan de salir de un festín. Se hallaban reunidos en una estensa y triste sala, cuyas paredes se encontrarían completamente desnudas si un haz de armas en forma de trofeo no hubiese adornado uno de los rincones.

El jefe Juan Muntiel sentado delante de una mesa de encina esculpida, en donde había dados, y un enorme jarro lleno de vino, alzó sobre la danna una insolente mirada, que la hizo cubrir su rostro de rubor. Con un tono grosero le preguntó lo que quería. Matilde nombró a Enrique.

—¿Traes oro?

La madre de Enrique bajó la cabeza, y guardó silencio.

—¿Traes oro? repitió el jefe.

Arrastrada por su corazón la noble madre, estendió sus manos suplicantes a este hombre, que se echó a reír a carcajadas.

—¿Qué habéis hecho de Enrique? Llevadme a su lado ¿dónde está? ¿dónde está?

—Donde no le dé el sol, respondió el jefe con feroz alegría; te fastidiarías si te llevase a donde está. Verdad es que ya pasará allí pocos días. Yo no guardo seres inútiles.

Matilde cayó postrada a los pies del bandido, anegada en llanto.

—¿Estás loca? loquita; un hombre de barba gris no cede a palabras boncas y a algunas gotas de agua.

Matilde se obstinaba sin embargo en guardar su desolante y humilde postura. La cólera, las burlas, las injurias, no pudieron hacerla abandonar.

De repente una idea caprichosa, extraordinaria, pasa por la cabeza del jefe de los aventureros.

—¿Eres afortunada al juego de los dados? jugáremos.

—No podré jugar cuando la angustia llena mi corazón.

—Pero yo quiero que juegues. ¿Sabes lo que jugaremos? la libertad ó la muerte de Enrique.

—¡No! ¡no! exclamó la pobre madre levantándose espantada. Juan Muntiel arqueó sus encanecidas cejas.—Jugáreis ó te hago traer ahora mismo aquí su cabeza.

Matilde se resignó con toda la energía de la desesperación.

El viejo jefe tomó los dados, y con un aire de desecido é indiferencia que hacía estremecer, los arrojó sobre la mesa, y sin hacer ni un movimiento para ver los puntos que marcaban. Todas las cabezas de los presentes se adelantaron, muchas voces gritaron a la vez: diez.

—A tí, muger, dijo Juan Muntiel con un tono imposible. Matilde estendió la mano para tomar los dados, pero sus ojos se anublaron, y su mano palpaba por la mesa sin coger nada.

—Pues tú tienes buenos ojos, dijo el jefe con su feroz ironía... pero concluyamos pronto, que estoy cansado.

La infeliz madre cogió los dados. Su mano quedó fría, inmóvil como el mármol cuando los tocó. Fué aun preciso que los acentos groseros y despiadados de Muntiel resonasen en sus oídos para que saliese de su funesta insensibilidad. Entonces fuera de sí agitó los dados en su mano y los dejó caer sobre la mesa. Después silenciosa, pálida, con la vista fija, quedó con la mano inmóvil y suspendida sobre los dados. Esta vez el jefe alargó con curiosidad la cabeza para ver. Matilde no veía nada; el número doce resonó en su oído sin que comprendiese su sentido. Tampoco oyó las horribles imprecaciones del viejo Juan Muntiel y de algunos otros bandidos.

Cuando Matilde, a quien había sostenido su viejo y fiel escudero Hernando, volvió a recobrar su inteligencia, se halló estrechando amorosamente en sus brazos a su querido Enrique, a quien desde entonces no permitía alejarse de su lado. ¡Había padecido tanto durante su corto cautiverio! Nunca más en su vida volvió a jugar a los dados; la vista de uno de ellos bastaba para enagenar su corazón; resonaron por muchos años en sus oídos los fatales números diez! doce!

## II.

Cinco años después, alarmados varios señores con el saqueo de algunos castillos, verificado por la banda del terrible Juan Muntiel, reunieron doscientos peones y muchos caballos, resueltos a exterminar esta terrible banda, que ya no se limitaba a castigar los pasajeros, sino que osaba venir a insultarlos bajo las almenas mismas de sus propios castillos. El conde Enrique se puso al frente de esta fuerza, y un día, después de haber derrotado a los aventureros, haciendo abatear de los árboles a cuantos caían en sus manos, logró prender al fin a Juan Muntiel, y haciéndolo conducir a su presencia, cuando este esperaba iba a mandar colgarlo de un árbol como a sus demás compañeros.

—Me acuerdo, le dijo el conde Enrique, que hace cinco años érais un gran jugador de dados, aunque mi madre os ganó la partida.

—Si la hubiese perdido no estaría yo hoy en vuestro poder.

—¿Qué? ¿habéis arrojado a una madre desolada la cabeza ensangrentada de su hijo único?

—Yo cumplo siempre mi palabra en el juego y en el campo. Bien podéis darme el desquite.

—¿Queréis que yo me ponga a jugar con un bandido delante de mis vasallos?

—¿No jugó un bandido con la condesa delante de los suyos?

—Sea, replicó el conde Enrique; pero no olvidéis que la Providencia protegió a la condesa, porque la cabeza de su hijo era la de un inocente.

—Y a mí me protegerá el diablo, contestó con desenfado Juan, porque soy un criminal.

Echó el conde el primer los dados en medio de la atención de todos sus soldados que contemplaron aquel extraño juego.

—¡El tres! exclamó el bandido dando una feroz expresión de alegría a sus ojos al ver la baja del punto.

Triste quedó el conde. Meneó los dados Juan con aire congado, arrojólos sobre la mesa y miró, anublándose sus ojos al ver el punto que le designó la suerte.

—¡El uno! gritó recobrando toda su energía el conde Enrique. Ballesteros, asátead á ese hombre, y colgad de un árbol su cuerpo para escarmiento.

Dos minutos despues habia ya dejado de existir el terrible Juan Muntiel.

El conde Enrique era tambien hombre que cumplia sus palabras en el juego y en el campo.

## MISCELANEA.

**INDUSTRIA.**—*Fabricacion de los aguardientes, del alcohol ó espíritu de vino. Nuevo modo: produccion del alcohol.*

Los usos del alcohol se han hecho tan numerosos y tan importantes en este siglo, que todo descubrimiento que se refiera á la fabricacion de este producto debe llamar la atencion. Para dar á comprender á nuestros lectores toda la importancia de esto, es necesario darles una idea del estado actual de la fabricacion del alcohol.

El aguardiente es una mezcla *natural* de

aguas, de alcohol y de algunas otras materias en pequeña cantidad que comunican al aguardiente su color particular, y contribuye á hacer agradable su olor y su sabor. El aguardiente se saca del vino por *destilacion*, es decir, que para preparar el aguardiente es preciso calentar el vino en un gran vaso ó *cucurbita* cerrada por una especie de *tapadera* ó *capitel*: un largo tubo se adapta al capitel, se encorva muchas veces sobre sí mismo, de manera que forma una especie de culebra que se llama *serpentin*, el cual entra en una vasija llena de agua fria ó refrigerante: los vapores que se elevan sobre el liquido caliente se refrescan y enfrían llegando al serpentin: vuelven á tomar el estado líquido, y este liquido así formado viene á caer gota á gota en una vasija colocada debajo de la estremidad del serpentin.

El aparato de que acabamos de hablar es muy sucinto y muy usado en la industria y en los laboratorios de quimica; se le da el nombre de *alambique*. El descubrimiento de este útil instrumento es probablemente muy antiguo: su fecha es desconocida. Dióscorides, médico griego del siglo primero del cristianismo, llama *ambix* al aparato empleado para la extraccion del mercurio por la destilacion del cinabrio. La partícula *al* (artículo árabe) se le añadió mas tarde. Avicenna, célebre médico árabe de principios del siglo XI, habló detalladamente del alambique.

Se atribuye ordinariamente el descubrimiento del aguardiente á Arnoldo de Villanueva, célebre médico, alquimista y teólogo, que nació en 1235 y murió en 1314. Pero este autor habla del aguardiente como de un remedio admirable, cuyo uso comenzaba á estenderse en su tiempo. Ved aquí sus propias expresiones. «¿Quién creería que se pudiese extraer del vino por procedimientos quimicos un licor que ni tiene el color del vino, ni su efecto ordinario? Esta *agua de vino* es llamada por algunas personas *agua de la vida*, y merece este nombre porque es una

verdadera agua de inmortalidad. Comiénzanse ya á conocer sus virtudes; prolonga los dias, disipa los malos humores ó supérfluos; reanima el corazón, y mantiene la juventud.»

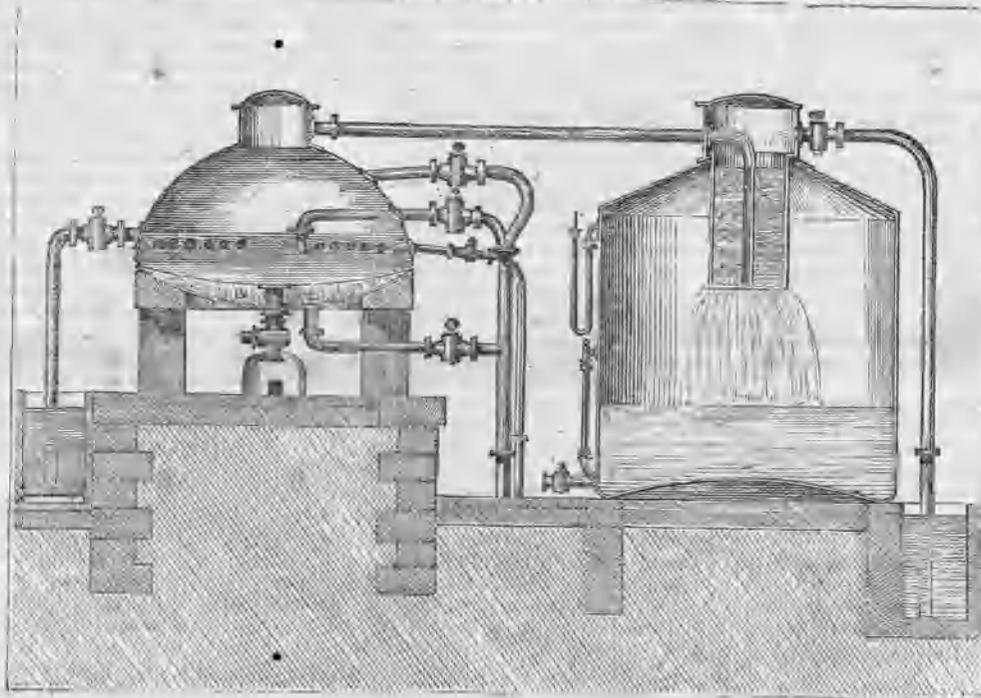
La medicina moderna no ha adoptado la opinion de Villanueva. El agua de vida ó aguardiente empleada como bebida, produce mas enfermedades que cura. Y sin hablar de los tristes efectos del immoderado uso del aguardiente en las naciones civilizadas, se sabe que es preciso mirar á este abuso como una de las principales causas que tienden á hacer disminuir los últimos restos de la primitiva poblacion de la América del Norte.

El aguardiente destilado con las convenientes precauciones da un producto sin color como el agua, y cuyo olor y sabor son mas pronunciados que los del aguardiente. Este licor se inflama mas fácilmente que el aguardiente: se le llama *espíritu de vino* ó *alcohol*: contiene todavia el agua, que se le puede quitar dejándolo permanecer durante doce horas sobre la cal viva, y destilándolo de nuevo. Así se obtiene el *alcohol absoluto* ó *anhidro* (es decir, *privado de agua*), empleado únicamente en los laboratorios de quimica. Tomado como bebida el alcohol absoluto podria causar gravísimos y aun mortales accidentes; introducido en una vena ó una arteria este liquido determina inmediatamente la muerte; obra

y así debe administrarse con mucha prudencia.

La destilacion de los vinos y otras bebidas alcoholicas, tales como la cerveza, la sidra, no bastaria á suministrar la cantidad de alcohol necesaria para el consumo. Se producen alcoholes en cantidades variables y raramente de buen gusto, destilando despues de una fermentacion conveniente diversas materias vegetales, tales como los restos de las cañas de azúcar, del pulpo de la remolacha, de las patatas, de los granos, etc. Todas estas materias contienen azúcar, ó los elementos necesarios para la produccion del azúcar: hace ya mucho tiempo que se preparaban, sobre todo en Bélgica y en Alemania, aguardientes de granos y de patatas. Recientemente la industria de la destilacion de la remolacha ha tomado un gran desarrollo á causa del precio siempre en aumento de los alcoholes: en fin, se ha tratado de sacar partido para la produccion del alcohol de ciertas plantas inútiles hasta ahora: ensayos felices se han verificado bajo este punto de vista sobre el *asphafelo*, planta muy comun en la Argelia. Los resultados obtenidos por Mr. Bertholet prometen esperar que se podrá producir alcohol por medio del *carbon de tierra*. Esta materia calentada en una vasija al abrigo del aire no arde como en los fogones, pero deja desprender diferentes gases ó vapores muy inflamantes que constituyen lo que se llama el *gas para las luces*. Se encuentra en el gas para las

luces cerca de ocho por ciento de un gas llamado por los quimicos *gas oleoso* ó *hidrógeno bicarbonado*, que se puede separar por medio de un procedimiento cumplido. El hidrógeno bicarbonado introducido en un frasco con ácido sulfúrico (antes acolte de vitriolo), y agitado durante largo tiempo, concluye por ser absorbido completamente por el ácido. Si se añade despues agua, y se destila la mezcla, se obtiene el alcohol. Este resultado se explica notando que la composicion quimica del alcohol permite mirarlo como formado del hidrógeno bicarbonado y del agua. La operacion precedente se habia hecho á presencia de los ele-



Aparato de Roth.

mentos propios para la formación del alcohol; pero era imposible prever que el ácido sulfúrico fuese el agente conveniente para determinar la unión de estos elementos, porque este mismo ácido mezclado en *grande escaso* con el alcohol produce un efecto precisamente contrario: descompone el alcohol en agua y en el hidrógeno bicarbonado.

Este último hecho es el que hace largo tiempo sirve para preparar este gas en los laboratorios. Terminaremos haciendo notar que el problema de la fijacion del alcohol por medio del gas extraido del carbon de piedra, no está aun resuelto en el punto práctico; pero en la época de actividad industrial en que vivimos, no pasarán tal vez muchos años para que una operacion de quimica pura se transforme en una importante fabricacion.

Entre las numerosas preparaciones quimicas en que entra el alcohol, citaremos únicamente el *cloroforno*, que se obtiene destilando alcohol con cloruro de cal. El cloroforno se emplea al presente en gran cantidad para las operaciones quirúrgicas: se logra con él mantener al paciente en una completa insensibilidad, haciéndole respirar el vapor del cloroforno. Este agente es mortal cuando se prolonga demasiado su accion,

EN ENEMIGO DE CUMPLIDOS.—Un hombre muy enemigo de cumplidos y de ceremonias, decía á los que se los hacían:—Abreviad, que la vida es corta.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE BELLADO, calle de Sta. Teresa, núm. 8